

Libro I

EL PRÓXIMO ORIENTE ASIÁTICO MESOPOTAMIA Y SUS ÁREAS DE INFLUENCIA

Joaquín Sanmartín Ascaso



VI

Historia de la antigua Mesopotamia

FASE I (ca. -2850-2000):
SIMBIOSIS SUMERO-SEMITA
O CLASICISMOS
DE ERIDU Y KIŠ

Datos	Cronología	
<i>Período Protodinástico I</i>	desde	-2850
Grandes sistemas de canalización		
Textos arcaicos de Ur	ca.	-2775
(Enmebaragesi de Kiš)	ca.	-2700)
<i>Período Protodinástico II</i>	desde	-2650
Ciudades fortificadas		
(Mesalim de Kiš)	ca.	-2600)
<i>Período Protodinástico III</i>	desde	-2550
Textos de Šuruppak (Fara)	ca.	-2550
Rivalidades interestatales		
Tumbas reales de Ur		
Reformas sociales de Uruinimgina de Lagaš	ca.	-2355
Siria: textos semíticos de Ebla		
<i>Dinastía de Akkad</i>	desde	-2334
Primer imperio suprarregional		
(Sargón I)	ca.	-2334-2279)
Exaltación del poder real		
(Naram-Sin)	ca.	-2254-2218)
Textos semíticos paleoacadios		
Invasión de los guteos	desde	-2190
<i>Renacimiento sumerio</i>	desde	-2200
Estados independientes sumerios		
(Gudea de Lagaš)	ca.	-2144-2124)
Dinastía III de Ur	desde	-2112

Código de Ur-Namma	ca.	-2112-2095)
Estado centralizado y burocrático		
Carácter santo del rey (Šulgi	ca.	-2094-2047)
Archivos neosumerios		
Archivos de Nippur		
Tensiones con clanes seminómadas amorreos		

Tabla 14. Cronología de la época sumero-semita

VI.I. LAS CIUDADES ESTADO DE LOS PERÍODOS PROTODINÁSTICOS (desde ca. -2850)

No existen datos ciertos de cronología absoluta; las cifras que damos son sólo aproximativas.

La población se compone de elementos lingüísticamente heterogéneos pero partícipes de patrones culturales comunes. Los componentes principales son hablantes de sumerio y de semítico.

VI.I.1. Períodos Protodinásticos I (desde ca. -2850) y II (desde ca. -2650)

Se constata la presencia de *ciudades estado* independientes y a menudo rivales (Períodos Predinástico I: desde -2850; II: desde -2650; y III: desde -2450); la principal es Kiš, de población predominantemente semítica, situada algo al sur de la actual Bagdad; otras muy importantes son, en el sur más marcadamente sumerio, Nippur, Umma, Lagaš, Uruk, Eridu y Ur; de esta última proviene una importantísima documentación: los denominados *textos arcaicos de Ur*. La economía está ligada a los *templos centrales* de cada ciudad, dominados por un príncipe-sacerdote (sumerio: en [↑ II.1.2.1]); le asisten consejos de ancianos y, ocasionalmente, asambleas ciudadanas (sumerio: *unken* [↑ II.5.2]). Se desarrolla la burocracia palaciega, que controla en lo esencial el comercio exterior y la propiedad.

En torno al -2600, en el período *Protodinástico II*, la ciudades se rodean de potentes murallas (p. e. en Uruk y también en el norte de Siria), a la vez que se detectan dos barrios netamente separados: el tradicional del templo, y el del *palacio*, sede de un poder real independiente del templo. Es evidente que entre las diferentes ciudades estado estallaron conflictos frecuentes por el reparto de aguas de riego, el mantenimiento de los canales, las supuestas irregularidades en la libertad de circulación de bienes por vía fluvial y terrestre (caravanas de asnos), la utilización de los pastos, el trazado de los límites entre poblaciones, etc.; las rivalidades entre Umma y Lagaš, casi siempre a propósito de un canal fronterizo entre ambas, fueron proverbiales. De esta época datan los primeros personajes históricamente bien documentados: los reyes de Kiš Mebaragesi y, sobre todo, Mesalim (ca. -2630-2600), que celebró en sus inscripciones reales su actividad pacificadora.

VI.1.2. Período Protodinástico III (desde ca. -2550)

El régimen social y económico no fue, en realidad, tan monolítico como pudiera parecer; al menos, así lo sugieren textos de este período, como los procedentes de Šuruppak [↑ IV.3.2.2], según los cuales, aun dentro de un régimen económico fuertemente centralizado, existían ámbitos de la producción y la economía ligados a un cierto número de casas pudientes que poseían sus propios archivos y empleaban enormes cantidades de mano de obra: en un caso se habla de 6.580 jornaleros (Martin, 1975; Edzard, 1979).

Durante el período Protodinástico III, el papel predominante le corresponde a la ciudad de Ur; la «Lista Real sumeria» nos ha transmitido varios nombres de reyes, comenzando por el fundador de su «I» dinastía, Mesannepadda (ca. -2490). De una época ligeramente anterior datan las *tumbas reales* de Ur, ricamente dotadas de todo tipo de objetos relacionados con la vida y oficio regios: tiros de carro, vasijas, instrumentos musicales, muebles intarsiados y objetos varios de metales preciosos. En estas tumbas reales de Ur se documenta la práctica –insólita en Mesopotamia excepto en la vecina Kiš– de enterrar al monarca conjuntamente con sus servidores. En torno al -2500 se ponen por escrito las primeras composiciones literarias sumerias; poco después aparecen en la documentación los primeros nombres semíticos. La escritura ha abandonado hace ya tiempo definitivamente las formas curvas y ejecuta los signos a base de una serie de trazos en forma de cuña: es la época ya madura de la escritura *cuneiforme* [↑ IV.3.3].

VI.1.2.1. Las reformas de Uruinimgina

El descenso de la capa freática, la disminución de los caudales fluviales y la progresiva salinización se hacen notar especialmente a finales del período Predinástico III: la población se aglomera cada vez más, se acentúan los desequilibrios sociales y se agravan las disputas entre los diferentes núcleos por el agua y la tierra. Ca. -2350 se perfila la figura revolucionaria del rey *Uruinimgina* («UruKAgina») de Lagaš, un advenedizo sin relación con la dinastía precedente que condonó las deudas de los súbditos, denunció los abusos de los altos funcionarios, reguló las tarifas de los servicios estatales y defendió los derechos de las capas socialmente más débiles –«huérfanos y viudas»– frente a los desmanes de los poderosos [↑ Texto 50].

Texto 50:

Los bueyes de los dioses araban los campos de cebollas del «prefecto» (*ensi*); los campos de cebollas y pepinos del «prefecto» ocupaban lo mejor de los campos del dios.

Los funcionarios del «prefecto» se repartían entre ellos el grano (: el sueldo) de los sacerdotes (*sanga*).

El sacerdote encargado del suministro arrancaba los árboles del huerto de la madre pobre y se llevaba la fruta.

El (enterrador) que llevaba a alguien al cementerio se quedaba con 7 cántaros de cerveza y 420 panes; (su ayudante), con 120 litros de grano, una túnica, un cabrito y una cama; el «plañidero» con 60 litros de grano.

El artesano no comía si no mendigaba; los aprendices se quedaban con los desperdicios de la puerta grande.

Las casas del «prefecto», y los campos del «prefecto», las casas del harén y los campos del harén (...) se juntaban las unas con las otras.

Desde los límites de (las propiedades del dios) Ningirsu hasta el mar, todo eran inspectores de hacienda.

Ésta era la situación social, antes.
(...)

Cuando Ningirsu, el campeón de Enlil, le confió el reino de Lagaš a Uruinimkina, le encargó cuidar de las antiguas leyes (divinas), y Uruinimkina se atuvo a lo que le dijo su dios Ningirsu (...)

(Sigue un catálogo de medidas correctoras de estos desmanes...)

Él (: Uruinimkina) amnistió a los habitantes de Lagaš presos por deudas, o por cantidades reclamadas (por el palacio), o por el grano (que faltaba) en los almacenes, o por robo, o asesinato, y los puso en libertad.

Él juró ante Ningirsu que poderoso ya no trataría injustamente al huérfano ni a la viuda.

(De las «Reformas de Uruinimkina», ca. -2350; Sollberger, 1956: Ukg. 6)

VI.1.2.2. Crisis de las ciudades estado y primeras tentativas de estado territorial: Lugalzaggesi

Unos decenios más tarde, la constelación de estados rivales da paso a un estado central sumerio, unificado a la fuerza por *Lugalzaggesi*, reyezuelo de la predominantemente sumeria Umma –aunque él mismo probablemente de origen semita– que combatió a Uruinimkina de Lagaš, conquistó su territorio y, seguidamente, usurpó el trono de la misma Uruk, a donde trasladó la capitalidad. Ocupó así mismo Ur y redondeó sus territorios hacia el norte con la conquista de Kiš: era el final de las ciudades estado independientes que habían caracterizado el panorama político durante todo los períodos Protodinásticos I-III. Consciente de su papel, Lugalzaggesi añadió a su nombre propio los títulos regios que describían hiperbólicamente el ámbito de su reino –desde el Golfo Pérsico al Mediterráneo– y anunciaban la nueva época de los *estados territoriales* de extensión variable [↑ Texto 51].

Texto 51:

Lugalzaggesi: rey de Uruk
rey del País

sacerdote purificador del dios An (: dios de Uruk)

profeta de Nidaba (: diosa personal del rey)

bien visto por An (: dios de Uruk)

gran prefecto de Enlil (: dios patrono de Nippur)

dotado de inteligencia por Enki (: dios patrono de Eridu)

elegido de Utu (: dios solar de Larsa)

gran ministro de Sin (: dios lunar de Ur y la Alta Mesopotamia)

general supremo de Utu (: dios solar de Larsa)

cuidador de Inanna (: la diosa acadia Ištar)

(...)

A quien el dios Enlil, rey de todo el País, regaló la realeza sobre todo el País (...), de todos los países de Levante a Poniente, y los sometió a su ley;

hizo seguros para él todos los caminos desde el Mar Inferior (: Golfo Pérsico), pasando por el Tigris y el Éufrates, hasta el Mar Superior (: Mediterráneo).

De Levante a Poniente, Enlil eliminó el miedo;
todos los países vivieron en paz y regaron a gusto;
todas las dinastías de Súmer y los gobernantes de todos los países se prosternaron en Uruk ante su ley regia.

(Inscripción real de Lugalzagesi; Sollberger-Kupper, 1971: 93 s.)

VI.1.3. El clasicismo mesopotámico

La época Protodinástica III representa el clímax de lo que hemos llamado Fase I, o Clasicismo de Eridu y Kiš, simbolizado por las dos grandes urbes que encarnan –según la «Lista Real sumeria» [↑ I.4.2.2: A.1]– los componentes sumerio y semita respectivamente de la época fundacional de la cultura mesopotámica. Durante este largo ciclo de cinco siglos se cimentaron y consolidaron las bases de todo lo que vendría después. El *derecho* civil y las técnicas de *administración* pública alcanzaron un punto de madurez que no sería ya superado, e iban a servir de modelo a todos los monarcas que se sucederían en los diversos reinos mesopotámicos durante los dos milenios siguientes.

En el ámbito religioso cristalizaron las *listas de dioses* y las peculiares funciones de cada uno de los miembros del panteón [↑ III.1.1.1], presidido por el ocioso y viejo dios *An* y manejado de hecho por el poderoso y terrible dios *Enlil*. Muy en especial, asistimos a la ascensión al primer plano de la diosa presumeria *Inanna*, cuyo «esposo» era el semilegendario Dumuzi de Uruk, más conocido por su nombre hebreo de Tammuz, un dios de la fertilidad que muere cada otoño y resucita cada primavera. Asimilada a la semítica *Ištar-Venus*, *Inanna* –o *Ištar*– fue elevada a arquetipo de lo femenino, convirtiéndose en parámetro de la sexualidad y de la violencia guerrera tanto en el culto como en la ideología política, comenzado ya por el rey acadio Sargón I [↑ VI.2.1] y los monarcas de la dinastía III de Ur [↑ VI.2.2]. Los grandes *mitos* de la creación y el diluvio, las *sagas* y *leyendas* que narran las proezas de los legendarios reyes de Uruk *Enmerkar*, *Lugalbanda*, *Dumuzi* y *Bilgameš* (más conocido por su nombre posterior *Gilgameš*) se forjaron literariamente en este período.

La simbiosis cultural sumero-semítica fue, por lo que los textos –casi todos sumerios– nos dicen, perfecta. No hay en ellos rastro alguno de conflictos atribuibles a motivos racistas. El cuadro está dominado por las rencillas y choques entre ciudades estado por intereses estrictamente políticos o económicos.

Durante los tres períodos Protodinásticos, y especialmente desde el II (Kiš), Mesopotamia había ido exportando su cultura hacia Siria, donde los centros dominantes eran las ciudades de Mari, Alepo y especialmente *Ebla* (ca. -2400), una imponente urbe con importantes archivos cuneiformes de miles de tablillas que documentan la existencia de una extensa red de intercambio comercial hacia el Mediterráneo y Mesopotamia basada en la exportación de tejidos y objetos de lujo (actualmente Tell Mardih; Pettinato, 1979; 1986 [↑ V.4.3.2]).

VI.2. LA CRISIS DE LA CIUDAD ESTADO

Las disputas por el control de los acuíferos y las tierras de labor entre las diversas ciudades (algunas de ellas con más de 50.000 habitantes) favorecieron las ten-

dencias a la coordinación en el plano supraterritorial y al reconocimiento de instancias superiores de apelación. Ello desembocó en la aparición de estados regionales más o menos extensos y coherentes, dirigidos por una autoridad superior fuerte y unitaria. Ya Lugalzagesi había comenzado una política territorial expansiva y unificadora desde la urbe sumeria de Uruk [↑ VI.1.2.2], aunque se trató de un experimento político efímero.

VI.2.1. Dinastía semita de Akkad (desde -2334)

Un jefe guerrero de origen semita, *Sargón* (ca. 2334-2279), fue el fundador del primer estado territorial mesopotámico relativamente estable, con capital en la ciudad de Akkad (no identificada todavía arqueológicamente), adoptando el título universalista de «Gran Rey de Súmer y Akkad» [↑ II.5.1]. Su dinastía extendió el control a toda la Mesopotamia, sur de Anatolia, Armenia, parte del Irán y de la costa oriental del Golfo Pérsico (Baluchistán, *Makkan* [↑ V.3.2.2]) y, especialmente, a la totalidad de Siria [↑ V.4.3], lo que suponía el control de las rutas caravaneras y marítimas hacia Egipto. El estado de Akkad estaba fuertemente centralizado, pero el poder no se basaba tanto en la autoridad moral cuanto en la fuerza militar. Los monarcas más importantes tras el fundador Sargón fueron Rimuš, *Naram-Sin* (ca. -2254-2218) y Šar-kali-šarri.

El imperio acadio fue efímero, víctima sobre todo de su inestabilidad interna, aunque el golpe de gracia se lo dieron los *guteos*, una población montañesa de los Zagros que conquistó Mesopotamia ca. 2150. A pesar de ello, las ideologías básicas paleoacacias —el imperialismo y la sobrehumanidad del monarca— sobrevivieron a la ruina del estado de Akkad y fueron los soportes simbólicos de épocas sucesivas (Ur III). Pese al origen marcadamente semita del fundador de la dinastía, Sargón I, la llamada *época Paleoacadia* no puede ser considerada como una reacción antisumeria por parte de elementos culturalmente semitas: Sargón no hizo sino repetir —eso sí, con mejor fortuna— el experimento unificador de Lugalzagesi.

En esta época se escribieron los primeros textos administrativos y cartas redactados enteramente en lengua semita (*acadio*); comenzaba ya el declive del sumerio como lengua viva, aunque esta lengua sería usada como vehículo indispensable de la cultura escrita hasta el final de la cultura mesopotámica, dos mil años más tarde.

VI.2.2. El renacimiento «neosumerio» (desde -2200)

Tras un breve período marcado por las invasiones *guteas*, la inestabilidad y la fragmentación del poder, el brillo aislado de monarcas de extracción sumeria como *Gudea de Lagaš* (ca. -2144-2124) anuncia el renacimiento del sur sumerio, donde, poco después, la *dinastía III de Ur* (también llamada *Ur III*), con el rey *Ur-Namma* (ca. -2112-2095), restablece el poder territorial centralizado.

VI.2.2.1. El estado centralista de Ur III

Ur III fue un estado monárquico fuertemente autoritario y servido por una eficientísima burocracia que ha legado *cientos de miles de tablillas* administrativas (la mayoría escritas bajo el rey *Šulgi*, ca. 2094-2047). El estado neosumerio mantuvo relaciones comerciales en régimen de monopolio con los países del Mediterráneo y del Golfo Pérsico, reorganizó y amplió la red de canales y colocó la economía agrí-

cola bajo el control directo o indirecto del palacio. Continuando la línea de hegemonía supranacional iniciada por la dinastía de Akkad, se establecieron jueces y árbitros por encima de las autoridades locales, y se reforzó la autoridad según un modelo estrictamente piramidal.

El rey (sumerio: *lugal*), mediador entre el mundo y las divinidades, adopta dimensiones casi divinas [↑ II.5.4.1]. Todo ello es indicio de una situación socio-económica y cultural decididamente diversa de la que regía en la primera mitad del III milenio a.C., bajo el régimen de las ciudades estado protohistóricas [↑ V.2] y de los períodos Protodinástico I y II [↑ VI.1].

VI.2.2.2. Sumerios y semitas a finales del III milenio a.C.

Así como la llegada de la dinastía Paleocadia no supuso una reacción étnica o cultural antisumeria, tampoco la época de Ur III puede ser entendida como una reacción antiacadia o antisemita. El único texto que podría dar pie a tal tipo de interpretación es quizá el poema denominado «Maldición de Akkad» [↑ I.2.2.2; I.4.2.3: B], donde la ruina del reino de Akkad a manos de los salvajes guteos, narrada en términos sobrecogedores, es vista como un castigo infligido por el gran dios Enlil a causa del robo, perpetrado por el rey acadio Naram-Sin de Akkad, de los bienes de su santuario personal, el *Ekur* de Nippur, donados por turno por la confederación de ciudades estado de lengua sumeria. Esta composición, de gran valor poético, no es, sin embargo, un documento histórico en sentido estricto, sino una obra tendenciosa, ya que sabemos que la dinastía acadia siguió reinando más de sesenta años tras la muerte de Naram-Sin; en todo caso, el mensaje hay que interpretarlo más bien en clave estrictamente política, anticentralista, que en clave étnica.

Por otra parte, sabemos que los reyes acadios, tanto el fundador de la dinastía Sargón I como sus sucesores Rimuš, Naram-Sin y Šar-kali-šarri, lejos de enemistarse con la confederación de ciudades de lengua sumeria, buscaron explícitamente su apoyo y se coligaron con ellas en diversas campañas guerreras. La política oficial, tanto acadia como «neosumeria», fue siempre partidaria de eliminar diferencias y suspicacias entre los hablantes de lengua semítica y de lengua acadia. Ya Sargón I de Akkad había nombrado a su hija Enheduanna –una excelente teóloga y poetisa– gran «sacerdote» (en) del templo de dios lunar Nanna en Ur y de la diosa Inanna en Uruk, al tiempo que ponía a una sacerdotisa de lengua sumeria, también con el título de en, al frente del templo de Inanna/Ištar en Ulmaš, una ciudad situada en plena Akkad. La actividad legislativa del fundador de la dinastía III de Ur, Ur-Namma, al promulgar su famoso «Código», tendía así mismo a eliminar posibles diferencias entre las dos zonas de su reino, Súmer y Akkad.

Lingüísticamente, el s. -XXI marca el ocaso del sumerio como lengua hablada. Ello no obstante, el llamado *renacimiento sumerio* de Ur III supone la época cumbre de la literatura escrita en esa lengua, la mayor parte de la cual provenía oralmente de épocas anteriores; en su mayoría, estas composiciones se nos han transmitido en copias escritas más tarde, a partir de la época paleobabilónica (en torno al s. -XVIII [↑ VII.1.1.1]).

En tiempos de Ur III comienzan a hacerse abundantes en la documentación administrativa sumeria nombres de personas que no son ni sumerios ni acadios. Se trata de súbditos procedentes de clanes semitas seminómadas habitantes sobre todo

en las zonas esteparias del Occidente sirio. Estos sectores de población, presentes desde siempre en la sombra desde épocas prehistóricas y protohistóricas, comenzaron a infiltrarse en la sociedad urbana primero tímidamente, en la época de Akkad, y luego con más fuerza, al final de Ur III.

VI.2.3. La cesura amorrea

Con la caída de Ur III –el estado centralista que había unificado toda Mesopotamia de sur a norte– se inició una época marcada por una serie de profundas transformaciones culturales. La decadencia de la dinastía de Ur III fue causada por diversos factores:

- (1) la irrupción de clanes seminómadas;
- (2) la secesión de una serie de provincias, que pasaron a ser principados y reinos independientes, y
- (3) una agresión militar elamita.

De estos tres factores, fue el primero –la irrupción de clanes de pastores seminómadas– el más efectivo, y el que dejó huellas más profundas.

Los clanes *amorreos* u «occidentales» (*amurrū* en acadio) [↑ II.6.1.1] transformaron de un modo profundo los parámetros sociales, políticos, lingüísticos y religiosos que habían regido en Mesopotamia desde las épocas arcaicas y durante todo el III milenio a.C., poniendo fin a la Fase I, que hemos denominado *Clasicismos de Eridu y Kiš*. Su irrupción en la historia fue una cesura que produjo una especie de *período intermedio* análogo a los que ya conocemos en la historia egipcia. El fin del III milenio a.C. sella el ocaso de la simbiosis sumero-semítica y abre la *época paleosemítica*.

VI.3. BIBLIOGRAFÍA

Información general sobre estos períodos puede obtenerse en Pettinato, 1994; Nissen, 1995; Roux, 1990, caps. 8-10, y Liverani, 1995, caps. 6-9, todos con bibliografías, así como los capítulos correspondientes de la *Cambridge Ancient History* y Cassin-Bottéro-Vercoutter, 1993. Las fuentes más importantes referentes al Protodinástico III han sido publicadas por Biggs, 1974; véase también Edzard, 1979. Para la economía agrícola, véanse Edzard, 1968, y Gelb-Steinkeller-Whiting, 1991. Para el conflicto entre Umma y Lagaš, véase Cooper, 1983; para Lagaš, en general son fundamentales Sollberger, 1956 y 1967. Las inscripciones reales acadias antiguas han sido publicadas por Gelb-Kienast, 1990, y revisadas en Kienast-Sommerfeld, 1994; para la historia de este período, véase Liverani, 1993. Sobre la incidencia de lo paleoacadio en Siria es útil Pettinato, 1979; 1986. La publicación estándar sobre Gudea de Lagaš es Falkenstein, 1966. Los cientos de miles de textos administrativos de Ur III están en curso de publicación; véase una muestra de esta documentación en Molina, 1993 y 1997. Sobre los comienzos y primeros desarrollos de la cesura amorrea, véanse Buccellati, 1966, y Klengel, 1972; para su ideología, Durand, 1993.

Libro II

EL EGIPTO FARAÓNICO

José Miguel Serrano

V

El Imperio Antiguo: la época de las pirámides

(DINASTÍAS III-V.
2675-2350 a.C.)

Los estudios sobre el Egipto Antiguo han reconocido tradicionalmente la entidad y personalidad histórica del período dinástico que se abre con la Dinastía III y llega hasta la V (o la VI, según algunos autores). Los vestigios monumentales, cuyo máximo exponente es el conjunto de pirámides de Guizah, incluido por los griegos entre las Siete Maravillas del mundo Antiguo, hablan por sí solos de la grandeza de una época que, por otra parte, dejó una profunda huella en la mentalidad de los egipcios y fue constante objeto de evocación y referencia a lo largo de toda la historia faraónica. Así, por ejemplo, soberanos del Imperio Antiguo aparecen como protagonistas de obras de ficción, de relatos, cuentos y textos de sabiduría, encarnando el tipo de buen gobernante (Snofru en la *Profecía de Neferty*, Djeser en la *Estela de Sehel*), o del rey despótico e impío (Keops en el *Papiro Westcar* y en otros ciclos de relatos cuyas noticias llegarán finalmente hasta Heródoto, quien transmite una imagen en general negativa de los constructores de las grandes pirámides). Los lugares emblemáticos de este período, como la pirámide Escalonada o la necrópolis real de Guizah, se convierten en sitios sagrados, objetos de especial veneración, donde los faraones de tiempos posteriores, como los de la Dinastía XVIII, gustarán de residir y hacer pública manifestación de piedad a los dioses y a sus ilustres antepasados. Esos monumentos serán frecuentemente atendidos y restaurados, y el estilo y el arte del Imperio Antiguo, incluso el propio modo de expresión literaria, se convertirán en modelo a imitar, sobre todo en épocas difíciles o de crisis, cuando es necesario volver la vista a la grandeza pasada (así sucede por ejemplo con lo que se ha dado en llamar el «Arcaísmo Saíta», en la Época Tardía).

Sin embargo, en muchos sentidos el Imperio Antiguo es aún hoy día un gran desconocido, con importantes dificultades y huecos para realizar una adecuada reconstrucción histórica. Ello se debe fundamentalmente a la escasez de fuentes escritas literarias. Han quedado pocos papiros, a excepción de algunos documentos, de gran importancia obviamente, como los conjuntos papirológicos hallados en Abusir. Las inscripciones son breves y escuetas en general y por si fuera poco los grandes conjuntos arqueológicos de las pirámides reales no contienen apenas tex-

tos. Esta situación es muy acusada en las Dinastías III y IV; en cambio, con la Dinastía V la cosa cambia y la disponibilidad de documentos literarios es mayor, posiblemente como resultado de un desarrollo de lo que podríamos llamar «hábito literario» y del uso de la escritura, así como por la creación de una administración que se está haciendo más compleja y sofisticada. Como resultado, el número de papiros se incrementa, las inscripciones se hacen más largas y elocuentes, destacando los textos centrados en el soberano. En la Dinastía V es cuando se ponen por escrito los anales incluidos en la célebre Piedra de Palermo, y será justamente en el monumento funerario de Unas, el último soberano de la Dinastía V, donde aparece la versión más antigua de los *Textos de las Pirámides*.

VI. LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA

VI.1. La Dinastía III (2675-2625 a.C.)

Es posible que el tránsito Dinastía II-III se hiciera de una forma pacífica y sin convulsiones, siguiendo una dinámica que afectaba fundamentalmente a la familia real y que se repetirá con frecuencia a lo largo de la historia egipcia: la inexistencia de heredero legítimo de la rama principal (de Jasejemuy en este caso) permite el acceso al trono de una rama secundaria (un hijo de una esposa real de menor rango posiblemente), lo que justifica a los ojos de los egipcios (y de Manetón obviamente, que es a quien debemos la división en dinastías) el que se hable de cambio dinástico.

El primer soberano será Sanajt, también conocido como Nebka, cuyo reinado es oscuro y de quien apenas conocemos nada. A ello contribuye sin duda el esplendor y brillo de su sucesor, Djeser, que marca de forma clara el advenimiento de nuevos tiempos y un punto de inflexión histórica que permiten considerarlo como el auténtico fundador del Imperio Antiguo. Los propios egipcios lo consideraron así, dada la imagen legendaria que de él se acuñó y también, de una forma muy gráfica, el que en el Papiro de Turín su nombre esté resaltado escrito en tinta roja, como marcando un giro en la genealogía de faraones. El nombre con el que lo conocían sus contemporáneos era *Neche(y)-jet* («Divino de cuerpo»).

La obra histórica de Djeser está inevitablemente unida a su conjunto funerario, la gran pirámide escalonada de Sakkarah y los patios, capillas y edificaciones varias que la rodean y que hacen de él uno de los mausoleos reales más interesantes no

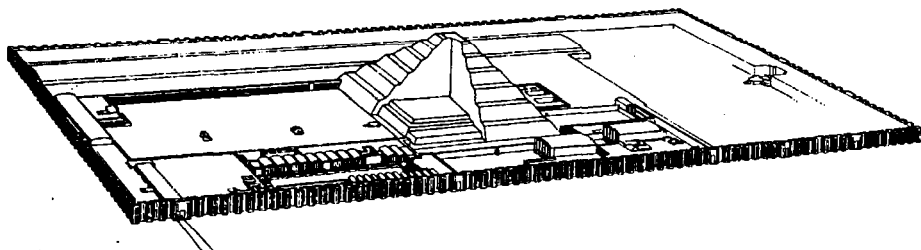


Figura 8. Reconstrucción del complejo de la pirámide escalonada de Djeser en Sakkarah (según Stadelmann)

sólo del Imperio Antiguo, sino de toda la historia egipcia. Esta obra se encuentra unida a la figura de Imhotep, ministro y consejero de Djoser, y además una de las escasas personalidades (obviamente dejando aparte a los faraones) que lograron una fama y prestigio tal que alcanzaron los honores de la divinización. Así, se le relacionó con las artes, las ciencias, y la medicina; se convirtió en patrono de la escritura y de las obras monumentales. La tradición lo consagró como el arquitecto responsable de la tumba de su soberano, con la que su fama aparecerá íntimamente ligada; será una especie de héroe civilizador que enseñó a los egipcios la técnica de construir en piedra. En la Época Tardía, sobre todo, se le rindió culto, completándose el proceso de deificación; se le asocia entonces con Ptah, el gran dios menfita que también ampara y protege a estudiosos y artesanos, y específicamente en los tiempos grecorromanos, con los Ptolomeos, se le asimila con Asclepios, el dios griego médico y sanador. La tumba de Imhotep en Sakkarah, aún no localizada pero sin duda próxima a la de Djoser, se convirtió en un importante centro de culto y de peregrinación. Curiosamente nos han quedado pocos documentos contemporáneos alusivos a este particular personaje: apenas una inscripción en un plinto de una estatua de Djoser en el que aparece su nombre y los títulos que efectivamente ostentó: Canciller del Bajo Egipto, Sacerdote Supremo de Heliópolis y Jefe de las Obras Reales, lo que confirma su gran protagonismo e importancia, así como su responsabilidad en la erección de la pirámide escalonada.

Y realmente su fama, y la de Djoser, es merecida si sencillamente nos detenemos en ese gran conjunto funerario: se trata de un amplio espacio de forma rectangular definido por un muro que presenta al exterior la típica estructura de nichos propia de los monumentos y mastabas de la Época Tinita, pero cuya ordenación interna es enormemente innovadora en su complejidad y en el empleo simbólico de los espacios. La pieza central es la célebre pirámide escalonada, que en realidad es el resultado de sucesivas construcciones superpuestas las unas a las otras, modificándose el plan inicial de lo que en principio iba a ser una mastaba, alcanzando la forma de una pirámide, que se levanta hasta los sesenta metros de altura. La forma piramidal se relaciona ya con la creencia en una asimilación y destino solar (o quizás estelar) del rey difunto; de alguna forma se trata de la rampa o escalera de ascenso a los cielos, a esa inmortalidad astral. En este sentido, es posible que los cultos de la cercana ciudad sagrada de Heliópolis se vinculen ya a la naturaleza divina del faraón, adquiriendo por tanto un papel político importante. Sabemos que Djoser edificó un santuario a Ra en Heliópolis, y es posible que la denominación *Ra-Nebu* («Sol de Oro») formara parte de su nomenclatura (Vercoutter, 1992, p. 258); no olvidemos que, como señalamos, Imhotep desempeñó precisamente el puesto de sacerdote superior de Heliópolis («El Más Grande de Los Videntes» era el título que así lo identificaba). El complejo de la pirámide escalonada, por otra parte, tiene un plan arquitectónico y espacial cuyos objetivos y finalidad exceden con mucho lo que estrictamente sería una tumba. En él se simboliza de alguna forma todo el ámbito de dominio del soberano (Egipto, o la tierra entera incluso), con dos supuestas tumbas (lo que recuerda prácticas de Época Tinita): una en tanto que rey del Alto Egipto, sin duda el auténtico receptáculo del cuerpo del soberano, y otra como soberano del Bajo Egipto, siendo un cenotafio de valor ritual. También se incluyen espacios para la realización de las ceremonias o festividades propiamente relacio-

nadas con el monarca, su poder y su regeneración cíclica (la Fiesta Sed). Aparece asimismo un templo para el culto del soberano divinizado, que en su estructura y proporciones constituye en sí una novedad. En fin, a través de este monumental conjunto se aprecia que el soberano, rey-dios, ocupa la cúspide de un sistema de gobierno posiblemente absoluto y con una solidez ideológica que sin duda constituye uno de los rasgos más destacados de todo el Imperio Antiguo. Por otra parte, la práctica de construir pirámides escalonadas se mantuvo a lo largo de toda la dinastía, pero por supuesto a menor escala y por soberanos de los que se conoce muy poco.

V.I.2. La Dinastía IV: las pirámides de Guizah (2625-2500 a.C.)

La Dinastía IV aparece inevitablemente asociada con el gran campo arqueológico de Guizah y con la construcción de sus famosas pirámides pero, en contraste con la espectacularidad y calidad de estos monumentos, su historia interna y la evolución política en general son mal conocidas y presentan grandes vacíos. La evidencia artística y monumental resalta sin duda la concentración del poder en manos de los soberanos, dotados de gran carisma y autoridad. La familia real acapara en buena medida los más altos cargos de la administración y del gobierno y de acuerdo con esta situación se producen también agitados momentos en una historia muy centrada en la corte, en problemas de sucesión al trono y de legitimidad, que pudieron enfrentar a las distintas ramas principescas, lo que por otra parte es propio de sistemas monárquicos absolutos o de poder fuertemente centralizados.

Quizás el soberano mejor conocido sea Snofru, fundador de la Dinastía. Dejó una imagen de rey generoso, humano, abierto y próximo a los súbditos, que no renunciaba a tomar él mismo el cálamo y el papiro para anotar lo que sus cortesanos le relataban (*Profecía de Neferty*). Desde el punto de vista de los monumentos es quizás el mayor constructor de la historia de Egipto (lo que ya es un gran mérito), reconociéndosele hasta tres pirámides (incluso algunos estudiosos le atribuyen una cuarta) que consagran el tránsito desde el modelo escalonado hasta la forma piramidal ya clásica. Primero levantó en Meidum, cerca de El Fayum, donde posiblemente estuviera situada entonces la capital, una pirámide escalonada que finalmente recibirá un acabado exterior liso. Después se desplazó más al norte y en Dashur empieza a construir otra pirámide que de haberse completado de acuerdo con el proyecto original habría alcanzado unas dimensiones colosales; por desgracia, problemas de cimentación y de consistencia del terreno obligaron a variar el perfil del monumento con el objetivo de aligerar el peso y por supuesto disminuir la altura; así se llegó a lo que se llama la «Pirámide Romboidal», de extraño perfil quebrado. Es obvio que el soberano no quedó satisfecho, por lo que se hizo construir un tercer mausoleo, también en Dashur, que es la primera pirámide auténtica y un acabado modelo de perfección en sus dimensiones y formas; el complejo funerario incluía igualmente un templo para el culto del rey difunto, con algunas inscripciones y espléndidos relieves alusivos a la fertilidad y riqueza agrícola del país egipcio (destaca la inclusión de figuras femeninas, en la típica actitud oferente, que encarnan grandes latifundios o unidades de explotación), exponente de la derivación de buena parte de las rentas estatales hacia la construcción y mantenimiento de la tumba real.

Obviamente el tipo de mausoleo piramidal, que adquiere ahora su formulación clásica, responde entre otras cosas a una evolución de las creencias religiosas que, con independencia del mantenimiento de antiguos cultos estelares, se centra en las grandes divinidades del ciclo heliopolitano: Atum y especialmente, como ya tuvimos ocasión de señalar, Ra. El carácter solar de los monumentos funerarios de Snofru se hace patente, por ejemplo, en la orientación, que, abandonando las prácticas precedentes que seguían un eje norte-sur (al hilo de la veneración de las estrellas circumpolares como destino del difunto), se dispone ahora en sentido este-oeste, claramente alusivo al curso cotidiano del astro rey. Snofru ostenta el nombre de Horus *Neb-Maat*, «Señor de Maat», principio divinizado que encarna el orden primordial del Universo, cuyo mantenimiento es en buena medida función y responsabilidad del faraón; este concepto quedará así mismo antropomorfizado, en la forma de una deidad femenina que significativamente es hija de Ra. Hathor, también hija del dios solar, es objeto de una particular veneración por parte de Snofru, una de cuyas hijas aparece como sacerdotisa de su culto. Además, el tema de la barca, de claras resonancias simbólicas solares, aparece de forma recurrente asociado a este soberano: Snofru es denominado «Señor del Remo»; en la Piedra de Palermo se da cumplida información de la construcción de embarcaciones de costosas maderas y de dimensiones muy destacadas (por ejemplo, en los registros correspondientes a los años 13 y 14). No es raro que este motivo aparezca incluido finalmente dentro del repertorio iconográfico de los monumentos funerarios de este soberano y de sus sucesores (recuérdese el reciente hallazgo de barcas colosales de madera, cuidadosamente desmontadas y enterradas, en los laterales de la Gran Pirámide).

El reinado de su sucesor, Keops, es mal conocido, aunque la imagen que del constructor de la pirámide mayor jamás levantada en Egipto ha quedado no es precisamente atractiva: los relatos y tradiciones literarias posteriores lo presentan como un soberano duro y cruel, obsesionado por la construcción de su mausoleo (*Papiro Westcar*), sin escatimar medios e incluso recurriendo a crímenes para lograr finalmente su objetivo (Heródoto, II, 124-127). Es posible que este recuerdo negativo no proceda directamente de su reinado, y que sea una recreación posterior fraguada, por ejemplo, en los críticos momentos del Primer Período Intermedio, cuando ya habían sido saqueadas las pirámides de Guizah y cuando el colapso y desprestigio de la monarquía hizo que se las considerara monumentos inútiles de la soberbia de los faraones (son los ecos de esta imagen los que debió de recoger Heródoto). Hoy día, sin embargo, tiende a matizarse mucho el posible impacto que la construcción de un monumento como la Gran Pirámide pudo significar para la economía y para la vida del país; se ha señalado recientemente, por ejemplo, que no habría sido necesaria una utilización masiva de personal, y que posiblemente las cuestiones técnicas podrían haber sido menos complicadas de lo que normalmente se piensa. En torno a la pirámide de Keops se despliega una auténtica ciudad de los muertos, con sus calles y manzanas, ordenada de tal forma que la situación de las tumbas supone un reflejo de la estructura social, de una elite cortesana sometida a una compleja jerarquía y que, por encima de todo, giraba en torno a la posición central del soberano. Así, en la tumbas más próximas a la pirámide de Keops se enterran las reinas, los hijos del rey y los más altos notables, incluyendo a Hemiu, en

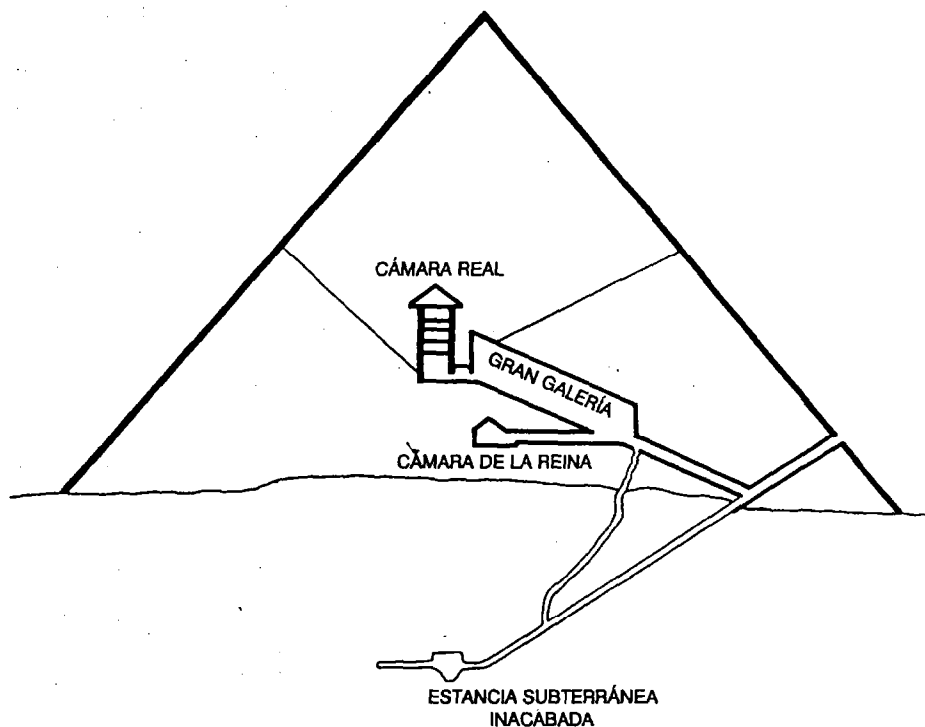


Figura 9. Sección de la pirámide de Keops (Dinastía IV)

quien recae el mérito de haber llevado a buen término la edificación de la tumba real, motivo por el cual fue recompensado por su señor, entre otras cosas, con una excelente estatua funeraria (hoy día conservada en Hildesheim).

Similar en grandeza y dimensiones es la pirámide de Keopón, segunda en cuanto al tamaño, pero que, además del templo subsidiario, incorporaba ya otro santuario en el límite de las tierras cultivables (el llamado «templo del valle»), novedad que se va a imitar posteriormente. Aunque hay dudas, se piensa que a este soberano se debe la célebre esfinge, monumental figura del rey deificado con cuerpo de león que se excavó aprovechando un peñón natural de la meseta de Guizah. Parece que tras su reinado la dinastía entró en una dinámica de conflictos internos, muchas veces de carácter familiar, pero donde quizás también tendrían un papel destacado las disputas de tipo religioso. Así, la posición dinástica de Radjedef, posiblemente un usurpador, que significativamente abandonó la meseta de Guizah e hizo erigir su tumba en Abu Rawash, es incierta. Lo que parece claro es que el país, o más concretamente la monarquía, está enfrentándose a problemas o situaciones nuevas, de lo que es adecuado reflejo la disminución del volumen y de las dimensiones de la tercera pirámide de Guizah, la de Micerino, o el abandono, efímero por otra parte y que no llegó a tener continuidad, del modelo piramidal por parte del último soberano del período, Chepseskaf, que se hace enterrar en una monumental mastaba

(indicando una vuelta a modas pasadas) precisamente en la vieja necrópolis de Sakkarah, lejos de Guizah.

V.I.3. La Dinastía V (2500-2350 a.C.)

El comienzo de este nuevo período ofrece algunas cuestiones de interés y aparece ligado a los problemas sucesorios de la dinastía precedente, y sobre todo por una figura femenina que, a juzgar por como se refieren a ella las fuentes y por el espléndido mausoleo que se le dedicó, desempeñó un papel muy relevante en el tránsito dinástico. Se trata de Jentjaus, que según algunos era hija de Micerino y que estuvo casada o bien con Chepsekaf o con Userkaf, el primer faraón de la Dinastía V. Enterrada en una rica mastaba en Guizah, aparece con el título de «Madre de Dos Reyes del Alto y Bajo Egipto», quienes, en general se identifican con Sahure y Neferirkare, el segundo y tercer soberano respectivamente de la nueva dinastía, y que efectivamente eran hermanos. Neferirkare hizo incluso que se construyera un cenotafio a Jentjaus junto a su tumba real, en Abusir, manifestando así su deferencia y devoción a este personaje, sobre el que volveremos más tarde.

La Dinastía V protagoniza importantes cambios que apuntan en una línea concreta evolutiva del panorama religioso y político. Por un lado se abandona la meseta de Guizah y se traslada la necrópolis real (a partir de Sahure) más hacia el norte, en el actual sitio de Abusir. Pero sobre todo se multiplican los elementos y los indicios del éxito y auge de la religión solar a Ra. Casi todos los antropónimos de la dinastía son teóforos, que contienen el nombre de esta divinidad: Sahure, Neferirkare, Chepseskare, Neferefre, Niuserre, Djedkare. El título de «Hijo de Ra» (*Sa-Ra*), que ocasionalmente había aparecido con anterioridad, se convierte ya en parte integrante de la nomenclatura del soberano, de lo que se llama el «Gran Nombre» del faraón, y además, de forma muy significativa, conteniendo normalmente el auténtico nombre personal o de nacimiento del ocupante del trono (quizás para insistir en la filiación divina desde los orígenes). Los faraones de este tiempo colman de ofrendas, donaciones y muestras en definitiva de respecto y devoción a los santuarios solares, especialmente a los de Heliópolis. No sólo Ra, sino otras divinidades asociadas con él se benefician de esta política, como el «Ojo de Ra», identificado en ocasiones con Hathor y en cualquier caso defensor mítico de la barca solar, o los «Espíritus de Heliópolis» (mal conocidos), tal y como aparece reflejado en la Piedra de Palermo, redactada justamente en este período. Además, se convirtió en práctica común que cada soberano erigiera un templo a Ra del tipo llamado «templo solar»: la estructura básica es un gran espacio rectangular delimitado por un muro, a cielo abierto, en cuyo interior, sobre una estructura en forma de pirámide truncada, se levantaba el obelisco, emblema por excelencia del sol, elemento vertical rematado por una punta piramidal de cuatro caras pintadas de blanco o revestidas de metal para que los rayos solares brillen y destaquen aún más, y delante del que se situaba el altar o ara en el que efectivamente se desarrollaba la liturgia; adosadas a las paredes se situaban las estancias sacerdotales y los almacenes, en tanto que en el exterior, libre para poder continuar su curso eterno, se levantaba un modelo de barca solar de gran tamaño. Estos templos estaban dotados de rentas y ofrendas de gran riqueza, y parece que de alguna forma estaban en función de las pirámides de los soberanos, tal y como se ha podido deducir de la información de los ya citados Papiros de Abusir.

En relación con toda esta actividad se puede citar una tradición, recogida en forma de relato en el célebre *Papiro Westcar*, que nos cuenta cómo durante el reinado de Keops el dios Ra engendró en el cuerpo de una mujer, esposa además de un sacerdote del culto solar, a tres niños que estarían destinados al trono de Egipto y que serían los primeros reyes de la Dinastía V. El cuento es de gran calidad literaria y muy expresivo, y describe el nacimiento milagroso de los tres niños con la asistencia de varias divinidades, específicamente relacionadas con la maternidad y el hecho de nacer (Isis o Innum, por ejemplo). Obviamente se trata de un relato ficticio (el texto es del Imperio Medio) que modifica algunos aspectos de la realidad (Userkaf no es hermano, sino padre posiblemente de los dos soberanos siguientes), pero inevitablemente se podría evocar aquí el importante papel de Jentjais en el cambio dinástico y, desde luego, el reflejo de una situación que propició el ascenso del culto a Ra y de un clero, el Heliopolitano, que si no es de alguna forma responsable del cambio dinástico, sí se beneficia enormemente de las transformaciones que trae el período.

Todo esto afecta a la monarquía y a su definición ideológica o religiosa. Los conjuntos funerarios reales se van construyendo con una calidad y dimensiones más discretas y las pirámides se hacen más pequeñas, muchas veces con un núcleo de ladrillo o de relleno que se recubrirá de una capa exterior de piedra bien excuadrada para darle forma y apariencia. En cambio, adquieren más entidad y protagonismo los templos funerarios y, sobre todo, los santuarios solares arriba mencionados, donde el faraón es asociado con la divinidad solar. Podríamos preguntarnos si la posición filial del rey respecto al dios, por mucho que asegure la condición divina del soberano, no supone una subordinación, quizás pérdida de carisma, y en todo caso una limitación del poder real (por ejemplo frente a un clero o una aristocracia con influencias crecientes). Así se explica que justamente con el último faraón de la dinastía, Unas, aparezcan los llamados *Textos de las Pirámides*. En las paredes y techos de los pasillos y cámaras de la pirámide de este soberano, en Sakkarah, se pusieron por escrito en miles de líneas lo que resulta ser el más antiguo corpus de literatura religiosa y funeraria egipcio. Se trata de un conjunto abigarrado y heterogéneo de fórmulas, de fragmentos de mitos, de recitados y letanías, que en cualquier caso dejan bien claro que el destino del rey difunto es una apoteosis celestial en la que fundamentalmente se identifica con Ra. Resulta paradójico que en este mausoleo, de pequeñas dimensiones, se incluya ese riquísimo conjunto literario-religioso, en tanto que las grandes pirámides de las Dinastías III, IV, y casi toda la V, son prácticamente anepígrafas, como si la escasa calidad del monumento se quisiera compensar con la plasmación perenne del formulario preciso para que el rey difunto alcance la inmortalidad.

V.2. RELACIONES INTERNACIONALES DURANTE EL IMPERIO ANTIGUO

La política exterior durante el Imperio Antiguo debió de seguir la tónica de prosperidad general que se pone de manifiesto en este período. Egipto goza en estos momentos de una posición privilegiada gracias a la protección natural que sus fronteras ofrecen; el estado está bien organizado y gobernado, con sistemas de informa-

ción y de administración que podían también asumir el control de las relaciones externas. Por otra parte, los acontecimientos internacionales o de relaciones con pueblos vecinos no se consideraban dignos de representarse dentro de los repertorios iconográficos tradicionales (fundamentalmente en las necrópolis reales), y por otra parte, cuando eso sucede (hay obviamente algunas excepciones), nos preguntamos si se trata en verdad del reflejo de un hecho histórico concreto y real, que efectivamente aconteció, o si sería una representación tópica, que por razones de índole artística o religiosa (por ejemplo, para exaltar la gloria del soberano) se consideró conveniente incluirla.

Egipto mantuvo por supuesto relaciones con vistas a proporcionarse los productos extranjeros de los que carecía naturalmente. Además, aunque bien es verdad que aún no existía en las proximidades del valle del Nilo ningún gran estado que pudiera inquietar a los faraones, lo cierto es que hubo escaramuzas y disputas fronterizas, algunas de ellas de notable entidad. La zona de expansión favorita va a ser nuevamente Nubia. La actividad egipcia allí atestiguada durante el Imperio Antiguo es notable, y posiblemente muy temprana. La clave para dilucidar esta cuestión reposa en la valoración de un notable documento, la llamada Estela de Sehel (o del Hambre). Se trata de una inscripción de Época Tardía, pero que recoge la tradición de una sequía importante que afectó a Egipto en tiempos de Djeser. El soberano, aconsejado por Imhotep, decide pedir el auxilio del dios Jnum, señor de Elefantina y de la zona de la I Catarata, en donde según una creencia muy extendida se generaba la crecida del Nilo. El dios accede a las súplicas y manifestaciones de piedad de Djeser y soluciona la situación del país (con buenas crecidas, se entiende). Agradecido, el faraón le entrega una amplia franja de Nubia al sur de la frontera egipcia. Aparte de incluir elementos evocadores de la leyenda de las «vacas flacas» del sueño de Faraón en la historia bíblica de José, si le damos crédito histórico, durante la Dinastía III el control egipcio sobre Nubia llegó a un centenar de kilómetros al sur de la I Catarata. En relación con esto se podría mencionar la intensa actividad de algunos soberanos del período, como Huni (último faraón de la Dinastía III) en el extremo meridional del país, o la importancia que entonces adquiere la ciudad de Elefantina, tal y como las excavaciones recientes están poniendo de manifiesto.

Bastante bien documentada está la política exterior de Snofru gracias a la Piedra de Palermo. En el año 13 de su reinado se registra una importante victoria sobre los nubios con el resultado de un botín de 7.000 prisioneros (4.000 hombres y 3.000 mujeres), además de 200.000 cabezas de ganado (!). Más adelante, otra campaña contra los libios le aporta 1.100 cautivos y 13.100 animales... También se anota la llegada de flotas cargadas de madera, de cedro y coníferas, posiblemente de Siria. Pero quizás la gran apertura exterior se debería situar durante la Dinastía V. En el reinado de Sahure los egipcios llegan en Nubia hasta la altura de Abu-Simbel, para explotar las canteras de la zona. Se vuelve a guerrear contra los libios, pero son sobre todo importantes los contactos en dirección al Sinaí y la franja Sirio-Palestina. La actividad en las minas de cobre del wadi Magarah (Sinaí) es ya regular, posiblemente gracias a la pacificación de la zona y a la colaboración de poblaciones beduínicas. Por otra parte, en el monumento funerario de Sahure, en Abusir, se representa con gran detalle la llegada de barcos con gentes de aspecto clara-

mente asiático, quizás como embajadores o como comerciantes (*ide Biblos?*). Según la Piedra de Palermo, durante el reinado de este soberano se abrió asimismo la ruta que comunicaba Egipto con el País del Punt, de localización incierta, que quedaba hacia el sur y al que se llegaba posiblemente por el Mar Rojo. Allí consiguen los egipcios toda una serie de productos de lujo o de valor ritual o religioso que provienen en general del contexto africano o del sur de Arabia (Yemen, golfo de Adén, costa somalí, etc.), como el incienso, oro, marfil, pieles de animales, esclavos, etc.

Es posible que en el Imperio Antiguo la presencia egipcia en Palestina hubiera sido ocasionalmente de tipo militar. Los datos al respecto son escasos y ambiguos, pero puede citarse la representación de una fortaleza (asiática posiblemente) que aparece en la tumba de Inty, en Deshasha (Dinastía V), donde, al margen de la entidad del acontecimiento, se ponen de manifiesto las desarrolladas técnicas de asedio y de conquista de ciudades amuralladas (excavación de minas, demolición de las murallas) que poseían los egipcios en este temprano período.

V.3. LA ADMINISTRACIÓN Y EL GOBIERNO DE EGIPTO

A lo largo de toda la historia de Egipto la monarquía ha sido la piedra angular de su organización estatal, pero también de su sistema religioso y de comprensión del mundo. Este presupuesto es particularmente válido para el Imperio Antiguo. Se trata sin duda de uno de los períodos de mayor vitalidad de la realeza faraónica. La evidencia de las fuentes, particularmente de los espléndidos mausoleos que se levantan en honor de los faraones, apuntan hacia la consideración y el respeto, el carisma y la devoción profunda de que fue objeto esta institución entre las Dinastías III y la V. Es cierto que el faraón fue siempre entendido en Egipto como divino, pero, como han señalado algunos, quizás nunca fue tan «dios viviente» como en los tiempos del Imperio Antiguo.

La realidad es que aparecen ya todos los elementos definatorios del status de la realeza, que permanecerán en general inalterados durante miles de años. La nomenclatura real queda completada: el soberano ostenta el «nombre de Horus», el «nombre de Nebty», el nombre de «Rey del Alto y Bajo Egipto», todos conocidos ya desde la Época Tinita; ahora se incorporará el nombre de «Hijo de Ra», bien encuadrado como vimos en la evolución histórica y religiosa del período, así como el de «Horus de Oro». Este nombre, que aparece por vez primera con Djoser, ha sido interpretado de formas diversas: sobre la base de un juego de palabras que asimila la voz egipcia «oro» (*neb*) con el topónimo de Ombos [*Neb(u)*], ciudad del dios Seth, se ha pretendido ver en este título una alusión a la victoria mítica del halcón Horus sobre Seth. Una propuesta más sencilla y quizás también más razonable consiste en relacionar este nombre con la insistencia en la naturaleza divina del soberano: el oro es la carne de los dioses, la materia prima de que están hechos y recubiertos sus miembros, su manifestación material; de ahí el valor que dan los egipcios a depositar oro en las tumbas y especialmente sobre el propio cuerpo del difunto, como una manera más de contribuir a su inmortalidad. No olvidemos que la inclusión de este nombre en el protocolo real se produce en el reinado de un soberano (Djoser) que a juzgar por su monumento funerario puso el acento en la deificación

de la figura real, y que significativamente por su nombre de Horus era llamado, como dijimos, *Necher(y)-jet* («Divino de Cuerpo»).

Más problemático se nos presenta el intentar definir cómo entendían los egipcios la divinidad del soberano. Se trata de una cuestión que tuvo que experimentar notables modificaciones a lo largo de las distintas etapas de la historia. Está claro que, quizás a excepción de los tiempos más remotos o de las dinastías centrales del Imperio Antiguo (Dinastías III y IV), el faraón no fue en general considerado como uno de los grandes dioses, sino una especie de gran mediador, con un pie en el mundo divino y otro en el humano. El soberano encarna a la divinidad (Ra, Horus, Osiris, Atum o Geb); se sienta en su trono y desempeña una función cuyo origen se remonta a los dioses que según la tradición aparecieron en los tiempos míticos sobre el trono de Egipto. Así entendido, el faraón es un representante del dios y de ahí le viene su naturaleza divina; es su función la que le confiere tal calidad, de forma que la ceremonia de coronación es la que marca el inicio de la reverencia, veneración y culto que puede recibir un soberano en vida. Otra cosa es el destino *post mortem* del monarca; aquí sí que no hay dudas: es recibido en el cielo, en el más allá bienaventurado y allí es entronizado de nuevo, esta vez identificado ya con el padre o rey de los dioses (Ra en principio, pero también Osiris); en su templo funerario, el soberano muerto recibe un culto que en ocasiones permaneció vigente durante siglos.

A lo largo del Imperio Antiguo la concepción que se tiene de la monarquía sufrió una evolución. Durante la Dinastía III y la primera mitad de la IV la posición del faraón es francamente cenital, tanto en el aspecto político y social como en el religioso; a medida que avanzamos hacia el final del período, sobre todo con la Dinastía V, se puede atisbar una disminución del carisma, y quizás una pérdida de autoridad, posiblemente en beneficio de sectores sacerdotales y funcionariales. Al mismo tiempo que las tumbas reales se hacen más pequeñas y modestas, las mastabas de los altos cortesanos y funcionarios se amplían y enriquecen. La distancia que separa al soberano de sus súbditos, de sus cortesanos, disminuye. Las biografías de los nobles, escritas en sus tumbas, registran a partir de la Dinastía V anécdotas que demuestran una mayor proximidad e intimidad con el soberano, sin duda como resultado de un debilitamiento de su posición. En los textos de inicios del Imperio Antiguo da la impresión de que el faraón lo es todo; a finales de este período, es un elemento más de un estado en el que hay otros protagonistas que también reclaman un papel (nobles cortesanos, gobernadores provinciales, sacerdotes, etc.).

Parece evidente que, durante el período que estamos estudiando, Egipto estuvo en general bien gobernado y administrado. La capacidad de gestionar los recursos, los excedentes y el potencial humano del país (para los grandes monumentos funerarios de los soberanos, por ejemplo), así como una buena coyuntura económica general, explican en gran medida lo que fue una clara etapa de esplendor. La estructura administrativa se hizo cada vez más compleja, sofisticada y funcional, estando constituida por un ejército de cortesanos, notables y escribas. Conocemos mal la cuestión por la propia naturaleza de las fuentes; si bien es verdad que se han conservado gran cantidad de esculturas, tumbas, y representaciones de personas vinculadas al gobierno y a la burocracia, también lo es que las inscripciones o textos que las acompañan ofrecen problemas importantes de interpretación: en la mayoría

de los casos (hasta bien avanzada la Dinastía V), las biografías de funcionarios se reducen a una mera enumeración de títulos, a una relación de los cargos ocupados, que no aparecen recogidos de forma sistemática o exhaustiva, ni claramente ordenados, mezclando los puestos de tipo civil con los sacerdotales o religiosos, siendo además difícil distinguir entre aquellos puramente honoríficos y los que suponen un efectivo ejercicio de una parcela de poder.

Sabemos que hay cuatro o cinco grandes departamentos, algunos ya existentes desde la Época Tinita, de entre los que merece la pena mencionar al «Tesoro», que gestiona la recaudación de los tributos, en especie y posiblemente con un ciclo bianual, o el «Granero» (llamado también el «Doble Granero»). Hay oficinas específicamente dedicadas al abastecimiento cotidiano de carne para el palacio y para las necesidades del culto (ofrendas litúrgicas, en forma de víctimas sacrificadas); otras se encargan de la puesta en explotación de nuevas tierras, del asentamiento de colonos y la organización de los cultivos. Entre los más altos funcionarios podríamos citar al «Superior de las Grandes Mansiones», muy vinculado a los tribunales y la administración de la justicia, y el «Supervisor de los Documentos (o Decretos) Reales», que es el encargado de la intensa labor diplomática del gobierno (cartas, órdenes, relaciones y listas), así como de la organización y custodia de los archivos. El «Jefe de las Obras (del rey)» está al frente de la actividad constructiva, muy especialmente de la edificación del mausoleo del soberano, así como de empresas agrícolas, e incluso de expediciones y misiones (a veces armadas) con destino a las canteras, a las zonas mineras, muchas veces fuera de las fronteras, para buscar piedras de calidad o metales. El «Superior de los Graneros (o del Doble Granero)», vinculado con el servicio del mismo nombre, ha de ocuparse de la explotación y rentabilidad de las tierras del palacio. También existe un «Superior del Tesoro», pero sin duda el personaje central de la administración del Imperio Antiguo es el Visir. Aunque se puede remontar a épocas más antiguas, el primero claramente atestiguado data de inicios de la Dinastía IV. Se trata del ministro principal, que debe ser alguien muy próximo al soberano y que goza de su plena confianza, por lo que muchas veces era un puesto ocupado por uno de sus parientes o familiares próximos. El Visir tiene muy amplias funciones, que lo colocan en posición de controlar y supervisar toda la estructura administrativa; de hecho, es frecuente que acumule algunos de los altos cargos que más arriba hemos presentado. Se encuentra muy especialmente vinculado a la gestión de la justicia, por lo que es frecuente que se le asocie a la diosa Maat (encarnación del principio del orden o la armonía). Para ser eficaz, el Visir estaba auxiliado por un nutrido cuerpo de mensajeros, heraldos y secretarios que le mantienen adecuadamente informado y transmiten sus órdenes. Parece que en un momento dado el título se desdobló, pudiendo existir dos titulares, quizás en función de la división natural del país (un Visir para el Alto Egipto, y otro, para el Delta), o bien repartiéndose los diversos sectores de la administración. Otro personaje de interés es el «Canciller del Dios»; se trata de un puesto temporal, nombrado para una misión u objetivo concreto, como una expedición militar, o de búsqueda de materias primas, o incluso para gestionar una provincia o distrito de particular importancia económica y estratégica, función para la cual estaba dotado de importantes poderes. La administración provincial presenta ya la típica división del país en nomos, al frente de cada uno de los cuales hay un funcionario

llamado nomarca, que acumula los títulos de «Excavador de Canales», «Conductor del País» (de resonancias militares) y «Gobernador del Castillo (= el nomo)»; durante buena parte del Imperio Antiguo estuvieron fuertemente controlados por la monarquía, que los trasladaba con frecuencia, pero ya en la Dinastía V se aprecia un proceso de formación de una nobleza provincial que progresivamente irá adquiriendo más autonomía y que terminará patrimonializando el gobierno y estableciendo linajes de ámbito local.

Las relaciones entre la monarquía y la aristocracia cortesana y funcionarial es un tema destacado para comprender la evolución social y política del Imperio Antiguo. Como comentamos, a finales del período se aprecia un progresivo fortalecimiento de la nobleza (tanto en la capital como en las provincias), que tiene un claro reflejo en la riqueza y entidad de las tumbas privadas, y sobre todo en el desarrollo de las autobiografías funerarias, que se van haciendo más elocuentes y ricas: a partir de modelos en los que se destaca sólo algún acontecimiento de especial relevancia en relación con el monarca (un regalo, favor o nombramiento), se va progresando hacia auténticas plasmaciones de la vida y trayectoria del personaje, reflejo de un incipiente individualismo. Es posible que a comienzos del período, durante la Dinastía III, ante la necesidad de reclutar gentes nuevas para un sistema de gobierno y administración aún en formación, se dieran algunos casos de promoción social, de carreras brillantes auspiciadas por el mérito, la eficiencia y la preparación, pero está claro que en la Dinastía IV, cuando más fuerte parece ser la autoridad y carisma del soberano, los altos puestos del gobierno son ocupados predominantemente por familiares del soberano, práctica que irá desapareciendo en la Dinastía siguiente.

Otra cuestión clave es la del mantenimiento de esta administración, lo que debió de suponer una importante derivación de riquezas y rentas. En la concepción egipcia, hay una conexión muy estrecha entre el servicio al estado y al soberano y la percepción de riquezas, no precisamente en forma de salarios (tal y como lo entendemos actualmente). La forma más típica de compensar económicamente a un notable o un funcionario es por medio de entregas directas de bienes en especie o, especialmente, adscribiéndole una renta (de una explotación agrícola propiedad en principio de la realeza, por ejemplo). Este mismo esquema es válido en la relación de un alto puesto administrativo frente a sus subordinados o dependientes, a los que tiene obligación de mantener. Así, al igual que en la necrópolis de Guizah el faraón está enterrado rodeado por sus familiares y cortesanos, las tumbas de los altos funcionarios están rodeadas por las de sus auxiliares y dependientes.

A partir de la Dinastía V se generaliza una práctica, que debía de ser anterior, por medio de la cual se derivarán rentas de templos o del patrimonio religioso (dependientes en principio del soberano), para pagar a los funcionarios. Éstos, para legitimar sin duda esa situación, van acumulando, junto a sus títulos civiles, cargos o puestos sacerdotales, práctica que se va a imponer hasta el punto de que incluso en el Primer Período Intermedio y en el Imperio Medio van a conservarse títulos funcionariales del Imperio Antiguo como meros puestos de responsabilidades litúrgicas. Los soberanos de este período incrementarán las donaciones y fundaciones a divinidades y a santuarios sin duda animados por esta particular dinámica. Por otra parte, en las Dinastías V y VI se incrementa la presencia de cargos relacionados con

el culto al faraón difunto, con el servicio religioso en la pirámide real, no sólo para mantener y compensar a los funcionarios y cortesanos, sino también, como acertadamente se ha señalado, para tratar de fortalecer los lazos entre la monarquía y la aristocracia, lazos que, como comentamos, se van haciendo progresivamente más débiles. Los factores de tipo ideológico y religioso tienen aquí también su lugar: con la yuxtaposición de cargos civiles y sacerdotales se trata de poner posiblemente el acento en una concepción sacral del servicio al rey y de la propia noción de estado que es típica de la mentalidad egipcia.

Los vicios que derivaron de estas prácticas fueron muchos y en ellos está una de las claves del progresivo declive del estado faraónico en el camino que llevará a la crisis del Primer Período Intermedio. La monarquía egipcia va a ser así víctima de una sangría económica que la privará de buena parte de sus riquezas, de sus rentas y del control de amplias zonas productivas del país. Además, la creciente autonomía de las familias gobernantes locales va a agudizar este conflicto. La proliferación y acumulación de títulos a fines de la Dinastía V (y en la VI) puede significar que se van vaciando de contenido, perdiendo su función específica y sirviendo simplemente para acumular la mayor cantidad posible de rentas.

V.4. EL PRIMER PERÍODO INTERMEDIO

Entre las Dinastías VI y XI, a finales del III milenio a.C., Egipto atraviesa por una de las crisis más destacadas de su historia. Se trata de un período que se presenta normalmente como una «época oscura», realizándose el fuerte contraste con la prosperidad y estabilidad del Imperio Antiguo. Y, sin embargo, no faltan precisamente fuentes o documentos: la arqueología refleja una imagen en general de continuidad y, si bien es cierto que hay un declive de los grandes centros políticos tradicionales (la zona menfita especialmente), ello se compensa con la floración de los centros regionales, que ponen de manifiesto el nuevo papel protagonista de las aristocracias locales. Por otra parte, se trata de una época bien surtida de fuentes escritas o literarias: hay estelas, decretos reales, autobiografías funerarias, que ahora alcanzan su forma clásica y que se hacen largas y llenas de datos de valor histórico, e incluso textos de tipo literario o narrativo, como veremos. Todo ello no impide que sea una época compleja y agitada de la que es ciertamente comprometido el presentar la evolución de los acontecimientos.

V.4.1. Evolución histórico-política (2350-2008 a.C.)

El Primer Período Intermedio arranca de la Dinastía VI, encuadrada aún por algunos historiadores en el Imperio Antiguo, pero que supone un tránsito hacia la crisis. Ya los propios egipcios entendían que con ella se iniciaba un cambio; así, en la lista de reyes del Papiro de Turín se realiza al final de la Dinastía V una suma de los años transcurridos desde Menes, entendiendo que se cerraba ahí un ciclo histórico. Las dificultades que aquejan a la monarquía se hacen patentes y se agravan. Manetón recoge la tradición del asesinato del primer faraón de esta dinastía, Teti. Es posible que se produjeran usurpaciones en el trono. En todo caso, el reinado de Pepi I es un buen exponente de la situación. Debíó de hacer frente a varias conspiraciones que involucraban a altos funcionarios y hasta a miembros de la familia real;

asoció al trono a su hijo y heredero Merenré para así tratar de asegurar la sucesión, y finalmente estableció una alianza con una importante familia provincial del Alto Egipto (de la zona Tinis/Abidos), con dos de cuyas mujeres se casa. Está claro que las provincias del sur se están desligando de la autoridad del faraón que, en un intento de controlar la situación, creará el cargo de «Gobernador del Alto Egipto», que rápidamente quedará desvirtuado. El final de la dinastía se pierde en el largísimo reinado, de casi un siglo, de Pepi II.

A la muerte de éste se produce el colapso de la monarquía. Las Dinastías VII (si es que existió) y la VIII, son meras sombras, con faraones de reinados efímeros, posiblemente simples instrumentos en manos de la nobleza, y sobre todo asistimos a un desarrollo y protagonismo innegable de los poderes locales. En muchas provincias o nomos y en determinadas comarcas del valle del Nilo se constituirán pequeños principados controlados muchos de ellos por enérgicos linajes. Posiblemente a la tradicional tendencia a la fragmentación que es propia de los momentos débiles de la realeza se unió la necesidad de dar una solución a escala regional o local, al parecer la más apropiada para dar salida a los graves problemas de tipo social y económico que aquejaban al país. El resultado es que se consolidaron poderes fuertes en torno a Koptos, Assiut, o Hierakómpolis. Algunos de ellos llegarán a reclamar en un momento dado la dignidad real, proclamando su intención de restaurar la situación y, en definitiva, el gobierno faraónico centralizado.

El primer intento serio fue protagonizado por una familia de Heracleópolis (en la zona de El Fayum), que constituyó lo que se llama Dinastías IX y X (Heracleopolitanas), con capital en principio en esa localidad, aunque posteriormente la desplazaron a la zona menfita. Sus objetivos políticos e ideológicos se encuentran en buena medida reflejados en las *Instrucciones a Merikare*, una de las piezas clásicas de la literatura sapiencial egipcia, supuestamente escrita por un soberano de la Dinastía X para su hijo, el también faraón Merikare. Gracias a este texto sabemos que los heracleopolitanos desarrollaron una intensa actividad en la zona del delta, restaurando la situación, expulsando a los extranjeros que se habían infiltrado, repoblando territorios, garantizando la explotación de los campos y la seguridad de las fronteras. Por otra parte, se reconoce ya la rivalidad con los tebanos en el sur; pese a que momentáneamente la Dinastía X llega a controlar hasta Tinis, parece que al final acabaron aceptando la partición del país y la convivencia pacífica con el sur:

... No tengas malos tratos con el sur. Ya sabes lo que la Residencia profetizó al respecto... Sé clemente y renueva los tratados... Ten buen trato con el sur y verás cómo los portadores de ofrendas llegarán a ti cargados de tributos. (Trad. J. M. Serrano, 1993)

En la parte meridional del país, en efecto, se venía desarrollando un proceso análogo de concentración del poder en torno a Tebas, que por primera vez en la historia de Egipto aparece con un protagonismo claro, en torno a un linaje dinástico que reclamará igualmente la legitimidad monárquica. Encabezarán la oposición y competencia con los heracleopolitanos, sobre todo en la zona del Egipto Medio, donde se desarrollará buena parte de esta auténtica guerra civil, y finalmente acabarán triunfando y restableciendo la unidad del país gracias a la acción de Mentuhotep II, el fundador de la Dinastía XI y del Imperio Medio, quien cierra políticamente lo que se llama Primer Período Intermedio.

V.4.2. La evolución económica y social

De un tiempo a esta parte se han desarrollado estudios que, al margen de los acontecimientos políticos a los que acabamos de pasar revista, valoran mucho los condicionantes medioambientales, de relación del hombre con el medio, para comprender en buena medida lo que está pasando en Egipto a fines del III milenio a.C. Es lo que hemos dado en llamar el «factor ecológico». El progresivo descenso del nivel de humedad y de disponibilidad de recursos hídricos que se detecta por todo el Próximo Oriente y norte de África desde el inicio del Neolítico alcanza justamente en este momento uno de sus puntos más agudos, que se manifestaría en una sequía prolongada durante varios siglos y de la que se han encontrado evidencias geológicas en el valle del Nilo. De esta forma comienzan a hacerse comprensibles muchos datos que aparecen en las propias fuentes egipcias. La Piedra de Palermo, que recoge las crecidas anuales del Nilo, refleja una clara tendencia descendente entre las Dinastías I y V. El paisaje que constituye el fondo de las escenas de género que decoran las tumbas de los nobles comienza a cambiar en la Dinastía VI, reflejando un ambiente más árido. Precisamente la primera representación de una hambruna aparece en el complejo funerario de Unas, el último soberano de la Dinastía V. Las fuentes literarias son aún más evidentes, aludiendo con frecuencia a la escasez de agua, a la sequía y al avance del desierto, y también lógicamente a la necesidad de realizar esfuerzos en obras de irrigación o de tipo hidráulico. Así, el nomarca Hety I de Assiut, contemporáneo y aliado de las dinastías heracleopolitanas, dice:

Ofrecí un regalo a esta ciudad (Assiut) sin recabar de ella la corvea del Bajo Egipto, ni la corvea del Alto Egipto. Hice (de ella mi) monumento... Acondicioné un canal de diez codos, para el que excavé en tierras de labor, y levanté una compuerta... una cosa de uso prolongado, en una única construcción, sin arruinar (ningún) hogar. Dispongo de un amplio monumento, un muelle recto... He dado vida a la ciudad, hice que el trabajador comiera cebada del norte, y se repartió agua en mitad de la jornada, para permitir que el débil se recobrara... Hice un canal para esta ciudad, mientras que el Alto Egipto pasaba apuros, y el agua no se veía... Hice que las aguas de la inundación cubrieran las viejas colinas. Hice que las tierras de cultivo quedaran irrigadas, en tanto que las gentes vecinas padecían sed. Todos dispusieron a placer de agua de la inundación. Di agua a sus vecinos para que estuvieran en paz con ellos... (Trad. J. M. Serrano, 1993)

Esta situación hizo que se produjeran fenómenos de carestía, de hambres, en forma de crisis de subsistencia, sobre todo en el Alto Egipto, donde la relación del hombre y el río es más precaria y el valle es más estrecho. Las propias luchas entre heracleopolitanos y tebanos se interrumpieron en más de una ocasión para atender a estos problemas, como muestra la inscripción de un oficial del bando tebano, Djari (que se proclama «gran proveedor de la patria en los años del hambre»):

Me comisionó (Antef II) tras haber combatido con la Casa de Hety al oeste de Tinis. Este gran señor me envió al norte para procurar alimento, consistente en cereal del Alto Egipto, para toda esta tierra, desde Elefantina hasta el nomo de Afrodítópolis... (Trad. M. Lichtheim, 1988, pp. 40-41)

Las poblaciones vecinas de Egipto, los habitantes de los desiertos Líbico y Arábigo, así como de la Baja Nubia, debieron de ser las primeras víctimas de la sequía, al vivir

en un territorio donde el agua es un bien escaso ypreciado y donde el agotamiento de los pozos empujaría a estas poblaciones, muchas de ellas seminómadas y pastoriles, hacia el valle del Nilo. Así se explica que las fuentes de la Dinastía VI empiecen a mencionar expediciones de castigo que ponen en evidencia una situación de inestabilidad en las fronteras y en zonas que tradicionalmente habían estado sometidas a la influencia egipcia, como el Sinaí, los oasis occidentales, las canteras del desierto oriental o el territorio nubio entre la I y II Catarata. En el propio Egipto, los más perjudicados con la situación serán obviamente los campesinos, que constituyen la gran masa de población y que se encontraban siempre al borde de la miseria, sometidos además a una carga impositiva que parece se agravó a finales del período precedente. La desaparición de una autoridad central fuerte dejó además en situación de desamparo a buena parte de este sector. Los abusos e injusticias proliferaron. Quizás con ello se relacione la insistencia con que en las inscripciones del Primer Período Intermedio se alude a la honradez, a la equidad y a la virtud de no haber oprimido al débil. Se nos antoja significativo que sea ahora cuando se difunden las *Cartas al Difunto*, muchas de las cuales precisamente reflejan estas injusticias, al igual que el texto literario de *El campesino elocuente, del Imperio Medio*, pero que sitúa la acción bajo la Dinastía X, y donde se relatan los abusos que un notable terrateniente comete contra un modesto rústico.

El descontento y la agitación debieron de hacer acto de presencia y convertirse en una tónica del período, tal y como se evidencia en las *Lamentaciones de Ipuwer*, que insisten en la anarquía y el desorden reinantes. La inseguridad y la miseria favorecieron fenómenos de movilidad, produciéndose huidas de los campos y una creciente concentración en las ciudades o capitales de las provincias, que adquieren así una mayor dimensión urbana. Es significativo que se constate un incremento de los títulos y cargos relacionados con labores de vigilancia y policía, formándose quizás por vez primera en la historia de Egipto un grupo de soldados estables o profesionales que han dejado una notable documentación epigráfica. Otros grupos pudieron verse favorecidos por la crisis; como sucede normalmente en situaciones como ésta, la escasez se vería acompañada de fenómenos de acumulación de productos básicos (sobre todo el cereal), lo que permitiría la formación de rápidas fortunas. La ausencia de un poder central fuerte permitiría un más libre desarrollo de primitivas prácticas de mercado, que, como resultado, conllevarían el enriquecimiento de un sector emergente, cuyos componentes, de origen quizás humilde en muchos casos, alcanzan una desahogada posición. Las inscripciones insisten en muchos casos (y se trata de un tópico excepcional dentro de la tradición literaria egipcia de las biografías) en la promoción desde una posición inicialmente desventajosa; se enumeran con orgullo los bienes adquiridos, teniéndose buen cuidado en señalar que son el fruto del propio esfuerzo:

Fui un excelente ciudadano que siempre actuó con su propio brazo, el principal de toda la tropa. Adquirí bueyes y aves. Adquirí graneros y cereal del Alto Egipto. Adquirí la propiedad de un gran campo. Hice construir un barco de treinta codos, así como otro más pequeño para transportar al que no tiene medios en la época de la inundación. (Estela de un soldado de Gebelein. Trad. J. M. Serrano, 1993)

Es posible que la aristocracia tradicional y los dinastas locales tuvieron que tener presente esta promoción de grupos que llegaron a ocupar una posición intermedia



en la sociedad, y que también desarrollaran una mayor sensibilidad hacia los problemas de los sectores populares; al menos eso podría deducirse de la aparición en la antroponimia del Primer Período Intermedio de nombres como «Hermano del Pueblo», «Relativo al Vulgo», etc.

V.4.3. La evolución del pensamiento y de la mentalidad

El Primer Período Intermedio supuso no sólo una agitada época desde el punto de vista político, social y económico, sino también una notable convulsión en la mentalidad egipcia, su concepción del mundo y del orden establecido, que dejó profundas huellas en la época histórica siguiente (el Imperio Medio).

Una de las principales víctimas de estos cambios fue la monarquía faraónica. La concepción egipcia convertía al soberano en responsable del buen orden y funcionamiento del Universo. La incapacidad de reacción de los faraones y la propia calamitosa situación en que se encontraba el país supusieron una pérdida de la confianza de los egipcios. Los textos insisten de forma muy gráfica, y a la vez simbólica, en la imagen de las pirámides saqueadas y de los sarcófagos de los faraones ahora vacíos y violados. En las *Lamentaciones de Ipuwer*, el protagonista se dirige aparentemente al soberano responsabilizándolo directamente de la situación. Es el momento en que posiblemente se deteriora la imagen de algunos de los más grandes faraones del Imperio Antiguo, cuyo recuerdo sale dañado de la crisis (Keops, Kefrén, Pepi II). Pero al mismo tiempo se produce una reacción que irá orientada a restaurar el papel político, ideológico y religioso del soberano sobre unos presupuestos que necesariamente debían ser diferentes. El mejor exponente de esto son una vez más las *Instrucciones a Merikare*, donde se perfila la imagen de un soberano justo, humano y preocupado por el bienestar de sus súbditos, mucho más próximo a los hombres y sus problemas:

No seas malvado; la clemencia es buena... Practica la justicia y perdurarás sobre la tierra. Apacigua al que llora; no oprimas a la viuda; no apartes a un hombre de las posesiones de su padre... Guárdate de castigar equivocadamente... Provee con bienes; dota con campos; recompensa con ganado. No distingas al hijo de un hombre (noble) del plebeyo. Toma al hombre según sus habilidades... Haz espléndida tu mansión en el occidente; haz firme tu lugar en la necrópolis, siendo recto, practicando la justicia, en la que confían sus corazones. Las cualidades del que es recto de corazón son aceptadas (con preferencia) frente al buey (de ofrenda) del pecador... ¡Bien gobernada está la humanidad, el rebaño del dios! Él ha hecho el cielo y la tierra para su deseo... (Trad. Serrano, 1993, extractos)

Se trata de la primera formulación de lo que se ha dado en llamar el «rey como buen pastor», que tanta fortuna tendrá en el Imperio Medio, humanitario y justo, tal y como aparece efectivamente en el cuento de *El campesino elocuente* que mencionamos más arriba.

La literatura es también un excelente medio para aproximarse a las reacciones humanas ante la crisis. La ruptura del orden y de la seguridad produjo una imagen pesimista de la realidad y de las perspectivas del futuro que ciertamente están presentes en las *Lamentaciones de Ipuwer*. Posiblemente haya que relacionar con esto el *Diálogo del desesperado*, una de las obras más especiales y llamativas de la literatura

egipcia, en la cual un hombre, anónimo, dialoga con su Ba (convencionalmente identificado con el alma del difunto); en unos trozos poéticos de gran altura lírica, el hombre expone las miserias de la vida y la inutilidad de seguir viviendo, dudándose incluso si no se trata de una apología del suicidio, embellecida por los recursos literarios. Por otra parte, parece generarse también una actitud escéptica que preconizaba la dedicación a los placeres y al disfrute del momento, con un sentido hedonista que recuerda el *carpe diem* latino, de lo que es un buen ejemplo el *Canto del arpista* de la tumba de Antef, posiblemente de finales del período. Finalmente, una tercera vía, quizás más constructiva y positiva, ensalzaba la calidad y la dignidad del individuo y de la persona, con una perspectiva de alto contenido humanitario y que en cualquier caso insiste más en la justicia, la equidad y el respeto a todos los hombres, desde los más poderosos hasta los más humildes. No es casualidad que algunas de las obras literarias inspiradas en este período tienen por protagonistas a hombres anónimos, o de extracción popular y no precisamente representativos de la aristocracia.

Las formas de vida religiosa también experimentan cambios. No olvidemos que, según la concepción vigente en el Imperio Antiguo, el mantenimiento del orden universal por parte del soberano reposaba en buena medida en que éste cumpliera con su papel de intermediario para con los dioses, responsable de la liturgia y del culto. De ahí que cuando estalle la crisis, una de las primeras y más comprensibles reacciones sea acusar a los soberanos de impiedad y de abandono de sus responsabilidades actuales (*Lamentaciones de Ipuwer*). La disminución del prestigio religioso del soberano beneficia a dioses que hasta el momento habían desempeñado un discreto papel, como aquellos que patrocinan a los linajes locales emergentes: Min de Koptos, Montu de Armant, Amón de Tebas, etc. Es asimismo significativo que en formularios epistolares y en juramentos sea alguna de estas deidades la que ocupe el lugar en que tradicionalmente era citado el soberano. El auge de los cultos locales, que asumen ahora el papel de protectores del individuo, se desarrolla al hilo de la situación política y social. También van a ser comprensiblemente objeto de particular veneración las divinidades relacionadas con la fertilidad de la tierra y con la crecida del Nilo, como Hapy o el propio Osiris.

En cuanto a las creencias y prácticas funerarias, dejando aparte las reacciones de impiedad y escepticismo a que antes hicimos alusión, en general asistimos a una importante difusión de los cultos y prácticas osirianos, que alcanza hasta los niveles más bajos de la sociedad. Es posible que la carga moralizante y llena de esperanza del mito osiriano fuera particularmente atractiva en unos tiempos tan críticos como los que se estaban viviendo. Siguiendo fielmente el ritual osiriano, todo individuo parece tener ahora abierto el acceso a un más allá bienaventurado, que en el Imperio Antiguo, por lo que las fuentes nos dejan entrever, había sido quizás patrimonio del faraón y de las capas superiores de la sociedad. La convicción de que el difunto se convierte en un espíritu poderoso, que puede interceder por sus familiares vivos, está en el origen, por ejemplo, de las *Cartas al Difunto*. Osiris ocupa cada vez más frecuentemente el lugar que había ocupado el soberano en las fórmulas de ofrendas funerarias y en las invocaciones de inscripciones y estelas, superando incluso a Anubis, otro dios que tradicionalmente había aparecido en estos textos. A lo largo del Primer Período Intermedio comienzan a aparecer los primeros frag-

mentos y esbozos de los *Textos de los Sarcófagos*, que en el Imperio Medio sustituirán a los *Textos de las Pirámides* como corpus de literatura funeraria. Se trata de un gran conjunto de textos religiosos en los que aparecen muchos elementos nuevos, consagrándose el papel de Osiris como dios por excelencia del mundo de los muertos.

V.5. BIBLIOGRAFÍA

Aunque hay pocas presentaciones generales sobre el Imperio Antiguo, pueden consultarse Aldred, 1965; Padró, 1989, y Vercoutter, 1992. Las fuentes literarias aparecen cómodamente recogidas y bien traducidas en Rocatti, 1982. Para el tema de las pirámides, véase la clásica obra de Edwards, 1988, o el más moderno tratamiento de Stadelmann, 1995. Los temas de administración y de organización del gobierno han sido particularmente bien estudiados, por ejemplo, en Baer, 1960; Kanawati, 1977, o Strudwick, 1985. Para el Primer Período Intermedio, véase la síntesis de Serrano, 1992.